

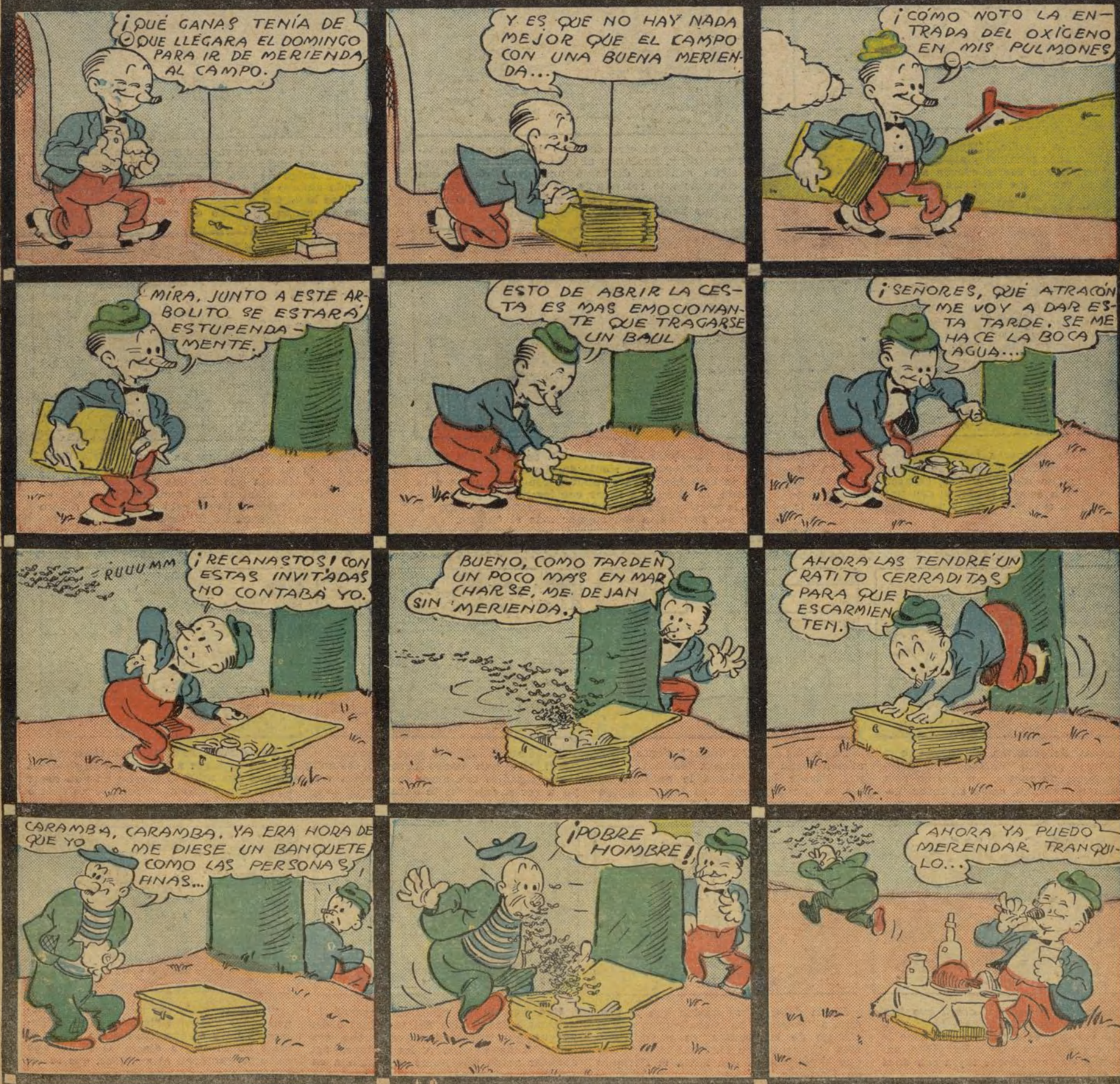


AÑO VI.—NUM. 321

REVISTA SEMANAL PARA NIÑOS (Sale los jueves)
MADRID.—ALFONSO XI, 4.—APARTADO 466

3 de julio de 1935

"LA MERIENDA DE TOLITO"



Andanzas de Miguelín EN BUSCA DE FAMA Y FORTUNA

EL DINERO DE LOS JORNALES



"Los bandidos ganan terreno y nos van a dar alcance, Maruja", dijo Miguelín a la hija del rancho mientras ambos galopaban juntos por el campo solitario. "¡No hemos de consentir que nos roben el dinero que llevamos para pagar los jornales!"



Miguelín y Maruja regresaban de la vecina ciudad, donde habían retirado del Banco el dinero necesario para pagar a los trabajadores de la granja, y dos bandidos les perseguían. De pronto, el caballo de Miguelín dió un tropezón, despidiendo al jinete por la cabeza.



"¿Te has hecho daño?", le preguntó Maruja frenando a su cabalgadura. "¡No; pero no te detengas!", gritó Miguelín incorporándose rápidamente. "¡Echame tus cuerdas y corre hacia la granja a pedir auxilio!". Maruja le obedeció. Echó a Miguelín el rollo de cuerda que llevaba, y salió galopando.



Recogiendo el rollo, Miguelín corrió hacia el borde de un barranco próximo y ató fuertemente uno de los extremos de una fuerte cuerda a un árbol corpulento. Entre tanto, los bandidos estaban ya a la vista y lanzaban gritos de triunfo, seguros de poder apoderarse del muchacho.



Miguelín hizo al otro extremo de la cuerda un lazo corredizo, y, buscando al lado opuesto del barranco algún saliente, distinguió una gran piedra que ofrecía suficiente resistencia. El muchacho volteó el lazo sobre su cabeza, lo lanzó y logró sujetarlo en la piedra que había escogido.



Después de poner tersa la cuerda y de asegurarse de que ofrecía suficiente seguridad y resistencia, Miguelín se colgó de ella y comenzó a franquear el profundo abismo del torrente. Momentos después llegaban los bandidos y, apeándose, se acercaron al barranco buscando el medio de cruzarlo.



Faltábanle ya pocos metros a Miguelín para llegar al lado opuesto, cuando uno de los bandidos, inspirado por una diabólica idea, se acercó al árbol al que la cuerda estaba atada, y, con una horrible sonrisa de odio, sacó un cuchillo y se dispuso a cortar la cuerda.



Miguelín sintió que la tensión de la cuerda cedía y que su cuerpo caía riente en el vacío; pero no perdió la serenidad y, aferrándose con más fuerza a la cuerda, se dispuso a parar con los pies el golpe contra la pared de la cortadura. Una mata de maleza vino, por fortuna, a amortiguar más el choque.

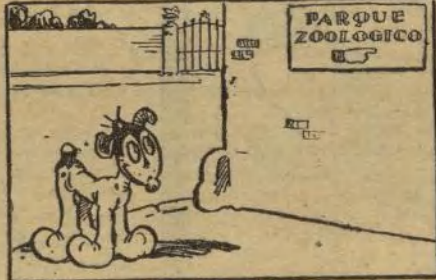


Trepando luego por la cuerda llegó a suelo llano, y, dirigiendo su vista al lado opuesto, vió al señor Bandall y a Maruja que llegaban seguidos de gente de la hacienda, mientras los bandidos huían a galope tendido. "¡Maruja! ¡Aquí está a salvo el dinero de los jornales!", exclamó Miguelín.

La próxima aventura de Miguelín se titula: "Atrapando a un bandido." No dejéis de leerla

EL PERRITO VAGABUNDO

A causa del enorme calor que está haciendo, el perrito "Pelanas" ha perdido las ganas de comer, por eso en esta aventura no termina, como en todas, llevando la barriguita.



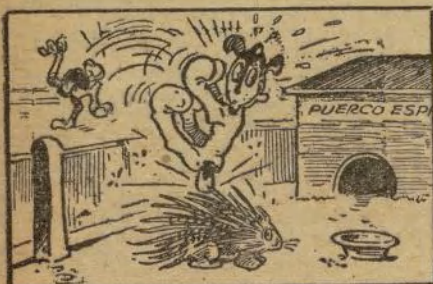
Ya sabéis que "Pelanas" siente gran afición hacia la Historia Natural, y especialmente la Zoología le entusiasma, así es que hoy encamina sus salerosos pasos al Parque Zoológico.



"¡Qué atrocidad, hijo, pues no presumes poco! ¿Te han hecho concejal, salao? Bien guisadito con arroz te quisiera ver yo, a ver si entonces te dabas tanto pos-tín". Así habló "Pelanas".



Lo del arroz debió de herir el amor propio del avestruz a juzgar por la soberbia patada que atizó al perrito en "un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme".



Al principio "Pelanas" creyó que iría a parar lo menos a la estratosfera; pero pronto vió que caía felizmente sobre lo que él creyó un mullido cojín, y era, nada menos, que un puerco espin con unas púas como leznas.



De la dolorosa impresión que le produjo a "Pelanas" su encontronazo con el bichejo de las cerdas, os podréis dar idea solamente con observar la carrerita que emprendió el can hacia el Botiquín de Urgencia.



Una vez en él, "Pelanas" recibió la asistencia facultativa del veterinario del parque, que, aunque hombre feucho, era un pozo de ciencia. A las órdenes del alféitar actuó una nurse expertísima en vendajes artísticos.



"No comprendo por qué los perros tienen tanto miedo al "lazo", pensaba "Pelanas". Pero es que lazos como el que él lucía no se ven a diario. O si no, que se lo preguntaran al avestruz, que se estaba muriendo de envidia.



Resumen de lo publicado.—Martin es un huérfano empleado en la posada de "Las dos llaves", cercana al "Castillo de los misterios". Cierta día sigue al posadero y a cierto extraño individuo a quien llaman el capitán Morgan, por una puerta secreta. Sorprende una reunión, le persiguen y va a parar al "Castillo de los misterios". Allí viven Margarita y su tío, a quienes luego se queda en el castillo.



QUE HACE USTED AQUÍ, SEÑORITA MERCEDES?

Cuando más confiados se hallaban los dos jóvenes hablando de sus planes, se abrió la cocina y apareció Juanita, el ama de llaves del castillo. "¿Qué está haciendo usted aquí, señorita Carter?" preguntó a la joven.



NO VUELVA USTED MÁS POR AQUÍ, SE LO DIRE A SU TIO.

Claro está que los jóvenes no habían de confesar su conjura para descubrir el misterio del castillo. Aquel era un secreto riguroso, y Margarita hubo de alejarse oyendo en silencio la reprimenda del ama de llaves.



EL POSADERO HA DADO PARTE A LA POLICIA DE QUE TU LE HAS ROBADO DINERO Y TE ESTAN BUSCANDO.

ESO ES FALSO. YO NO HE ROBADO.

Cuando la joven hubo salido de la cocina, Martin se puso a fregar el piso. "He oído decir que el señor Silas, el posadero, te anda buscando acusándote de que le has robado cierta cantidad," le dijo Juanita.



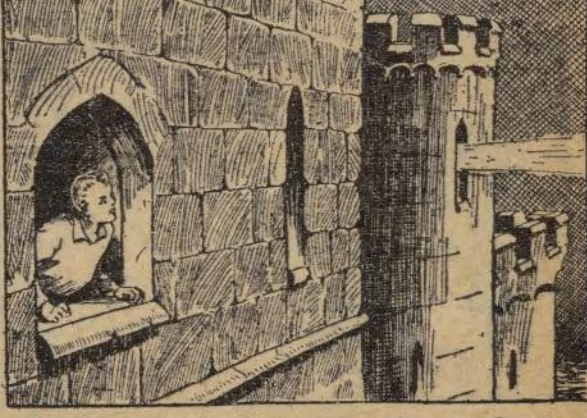
YO PUEDO PROBAR QUE NO HE ROBADO NADA AL POSADERO.

"¡Eso es una calumnia!, gritó indignado Martin. ¡Yo no he robado nada jamás, en mi vida!". Pero todas sus protestas fueron replicadas con burlas por aquella mujer. Aquella noche, cuando se retiró a su dormitorio, se puso a meditar, asomado a la ventana, en cuanto que le había sucedido.



HOLA! ES TAN HACER DO SEÑALES A ESTA CASA!

"Estoy seguro de que el señor Silas el posadero tiene algo que ver con los contrabandistas cuya reunión sorprendí en la sala subterránea, pensaba el muchacho. Si; y ese hombre tan extraño del gancho de hierro, también". De pronto quedó suspenso al divisar un destello que procedía de algún barco.



En vigor, aquello podía no ser nada extraño, sino sencillamente una de las luces de algún barco que navegaba en la noche. Iba, pues, a retirarse Martin de la ventana, cuando atrajo su atención un resplandor que salía de una de las ventanas del castillo. "¡Diantre!..., exclamó. ¡Son señales!"



TENGO QUE ENTERARME QUIEN HACE LAS SEÑALES.

Por algunos momentos Martin se quedó inmóvil, atónito por la duda de lo que aquello podía significar. Pero pronto se persuadió de que aquellas señales tenían algo que ver con los misterios del castillo. "Tengo que averiguar quién es el que está haciendo señales a ese barco", se dijo resueltamente saliendo de puntillas de su dormitorio.



QUE ES ESTO?

Ningún ruido turbaba el silencio del oscuro corredor cuando Martin salió de su habitación. La débil claridad lunar que se filtraba por una vidriera era la única luz que iluminaba la escena. Súbitamente llegó a oídos del joven un leve rumor parecido al roce de una tela. "¿Qué podrá ser?", se preguntó alarmado el muchacho.



Con toda presteza Martin se ocultó en un entrante de la pared y desde allí pudo contemplar que una sombra avanzaba por el corredor. Su espanto creció sin límites cuando al aproximarse la sombra pudo distinguir la silueta de un encapuchado que se dirigía hacia él silenciosamente. "¡Tengo que saber quién es!", se dijo Martin.

"¿Quién será el misterioso encapuchado? No dejéis de comprar JEROMIN del próximo jueves.

"LA PRINCESITA CARBONERA" CONCLUSIÓN

En aquel momento de la narración resonó un grito espantoso, y en la puerta de la sala donde se hallaban el padre y la hija apareció Enrico espada en mano. El caballero intentó defenderse, pero Enrico, seguido de sus soldados que habían irrumpido en el castillo, aprovechando la ausencia de sus defensores, hizo prisionero al padre.



Aprovechando el primer barullo, Lita pudo huir y escapó por el bosque. La pequeña buscaba la morada del fiel Burckhard, y no tardó en encontrarle. El fiel servidor, que se dedicaba al carbonero, conoció al instante a la hija de su amo, y la nena refirió lo sucedido. El carbonero expuso a la niña sus temores de que Enrico el traidor la hiciese

su prisionera también, y Lita se disfrazó de carbonerilla, vistiéndose unos andrajos y pintándose el rostro con carbón.

Así pasaron muchos días. Lita vagaba continuamente por los alrededores del castillo donde sabía estaba encerrado su padre.

Cierta día en que, como de costumbre, vagaba junto a los fosos del castillo, se le acercó una mujer que le saludó afablemente. La desconocida le dijo que era la mujer del carcelero, y propuso a Lita que entrase a su servicio, porque ella estaba ya muy vieja para subir a la torre para llevar la comida a los presos.

Al oír aquello, Lita estuvo a punto de desvanecerse de alegría, y aceptó.

Al día siguiente el carcelero la dio una cesta llena de provisiones para que las subiese a la torre donde estaba encerrado el caballero Alberto. Con qué emoción abrió la niña el ventanillo de la puerta y rozó las manos de su adorado padre. Este no la reconoció, y entonces la niña le llamó con voz dulcísima. El caballero tuvo que contenerse para no gritar. ¡Era Lita! ¡Su querida niña! En pocas palabras la muchacha explicó su vida y el firme propósito de libertad a su desventurado padre.

De nada sirvieron los ruegos del buen señor, que se desesperaba en su calabozo.

Aquella noche la niña se deslizó como una sombra y cogió de la silla de donde su amo colgaba su ropa el llavero con las llaves de la prisión. Como conocía muy bien los pasillos y recovecos, avanzó como una sombra, des-



lizándose sin hacer ruido. Pero forzadamente tenía que pasar por delante de la guardia, y al llegar cerca de ella se destacó, avanzando con paso seguro hacia los centinelas, que la reconocieron. "¿Dónde vas, pequeña?"

—Mi amo me encargó requisase las puertas de los presos.

—Está bien, pequeña. ¿Quieres que te acompañen dos hombres?

—Gracias, no tengo miedo.

Así hablaron el jefe de la guardia y Lita, y la pequeña princesita carbonera siguió su camino. Al pasar por la sala de armas descolgó de la panoplia una fuerte espada. Poco después estaba ante la puerta y sintió cómo el corazón le palpitaba fuertemente.

Mas con valor sereno, con entereza sublime, la muñequilla introdujo la llave en la cerradura, abrió y cayó en los brazos de su padre. Luego le entregó la espada, y ambos salieron.

En aquel instante atronó los ámbitos un grito de guerra, que hizo estremecerse al bravo guerrero. Y segundos después todo el castillo se iluminó y se rasgó el silencio ante el grito de mil voces.

Eran los guerreros del caballero Alberto, sus fieles soldados, que, de regreso de la campaña, atacaban el castillo del Enrico, guiados por Burckhard.

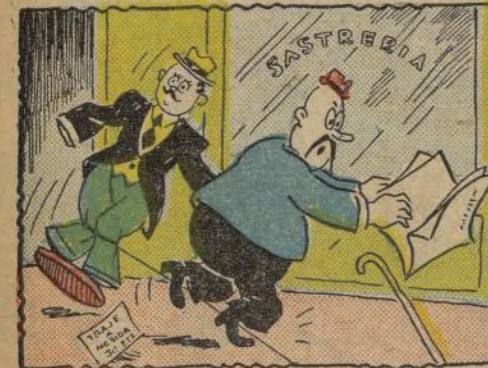
El caballero dejó entonces a la pequeña en un calabozo y cerró por fuera, guardándose la llave. Y como un alud bajó el guerrero lanzando su grito de guerra, que fué contestado por mil voces.

La carnicería hecha entre los infelices fué espantosa. Enrico fué ahorcado de una almena, y la paz y la tranquilidad reinaron de nuevo en la comarca, donde ya siempre vivieron felices el noble caballero y la valiente princesita carbonera.

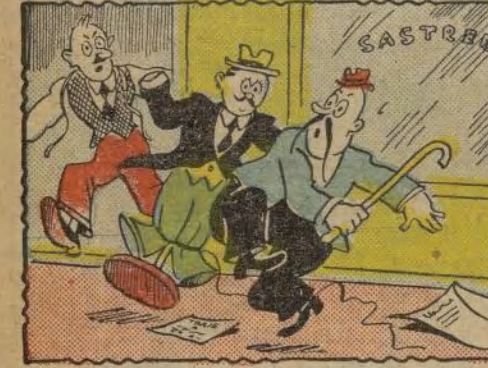
DON SEVERO AVENTURERO



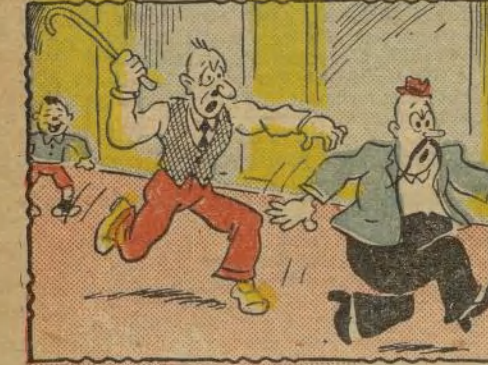
Pasaba don Severo por delante de una sastrería en la que había expuesto un maniquí. Un travieso chiquillo



ató una cuerda a las piernas del muñeco, con la mala intención de que el primero que pasase por allí tropezara



y tirase el maniquí. La víctima fue don Severo, que al ver que se le echaba un hombre encima, trató de defende-



derse. El escándalo llamó la atención al sastre, que salió en defensa de su maniquí, poniendo paz por las buenas.

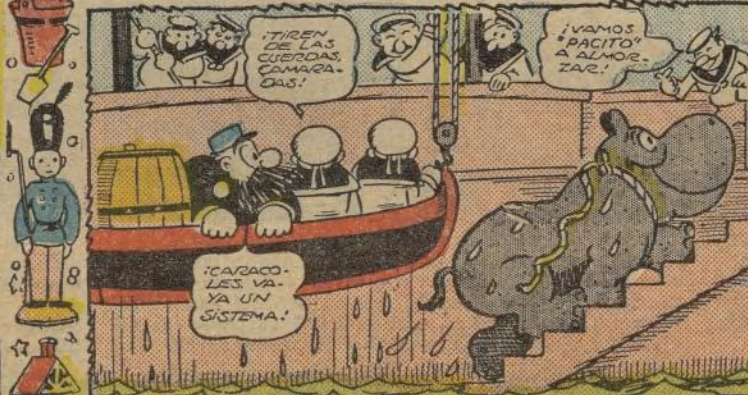


Laura y Kilómetro se habían hecho los amos de aquella casa, que creían deshabitada.

HAZAÑAS AL ALIMÓN DE TARUGO Y PERDIGÓN



Terre-Moto estaba dispuesto a huir al África, y aprovechando que dos marinos habían llegado en un bote tirado por Pacito, sobornó a los marineros regalándoles doscientas pesetas, un reloj de pulsera y un dije con un rizo de pelo de una tía suya.



Mientras tanto, el capitán había llegado junto al barco y fue izado a bordo, latándole la camiseta y desabrochándose el corazón, que de la emoción le hacía tipitín, tipitón, con música de "El barbero de Sevilla".



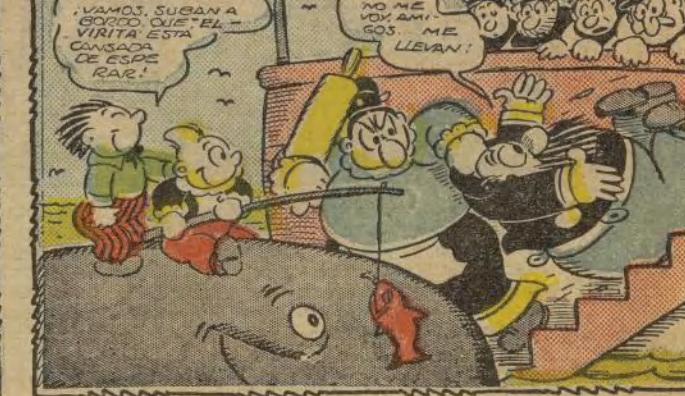
A Chito le extrañó mucho que con el siete y el cinco se cantaran las cuarenta, pero como él acababa de cantar veinte en copas con el as y el tres de oros, se achantó, y en aquel instante crítico, la garra de mamá Tecla se clavó en el morrillo del capitán.



Los marineros, después de hacer aguas, embarcaron en el bote tirado por Pacito, y el capitán, sigilosamente, con los ojos bizcos, la gorra crispada sobre la borda y las manos agarrotadas en la cabeza, embarcó en el bote fatal, sin ser visto.



Y la sorpresa del capitán fue de "pe pe" y doble U, al encontrarse en cubierta con su amigo Chito, piloto de la Marina mercante, y que daba la feliz coincidencia que pilotaba aquel barco en viaje de prácticas.



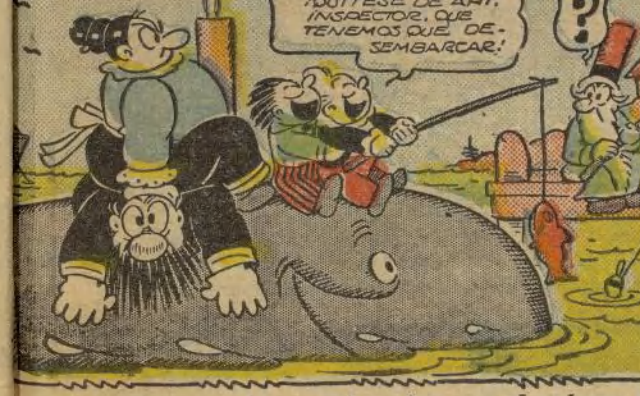
Sonó un dulce y suave ¡canalla!, una bofetada, un rodillazo en el estómago, un crujir de huesos contra los escalones, y mamá Tecla, siempre con la garra en el morro, subió sobre Elvirita con toda tranquilidad.



Eso creía él; pero Tarugo, que tenía un ojo que lo pone en un túnel pasa por él el rápido de Almería, desparramó la vista, y al ver en la inmensa planura del mar el bote fugitivo, ordenó a su hermano que diera un berrido de alarma.



Y mientras Chito y Terre-Moto se abrazaban sobre cubierta y en las entrañas del buque organizaban a poco una juerga de tomo y cadera—no siempre va a ser de tomo y lomo—, los tres aventureros llegaban hasta el buque, caballeros en Elvirita.



Se oyó un ¡ay!, un golpe duro, y el cráneo de Terre-Moto se desniveló tres centímetros sobre el nivel del mar. Mamá Tecla, sentada sobre su víctima, y con una cara que era un poema dramático, llegó a los patios lares.



Mamá Tecla salió con una cara que si la ponen en una película de miedo se desmayan tres niños y una niña, y Perdigon se agarró a su teléfono submarino y llamó a Elvirita, la ballena amaestrada, que apareció al momento.

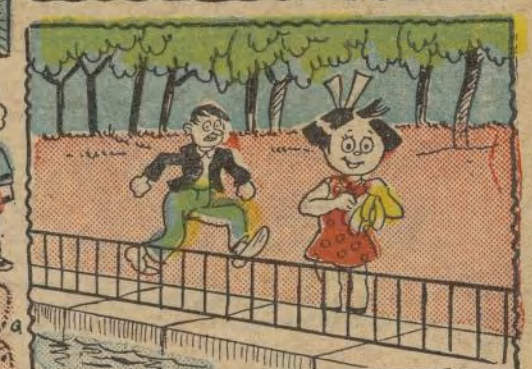


Guiada por las voces de la francachela, mamá Tecla asomó la jeta por el futuro lugar del crimen, empuñando su rodillo de combate en el momento en que Terre-Moto, siguiendo su costumbre de jugar al tute, cantaba las cuarenta con el siete y el cinco.

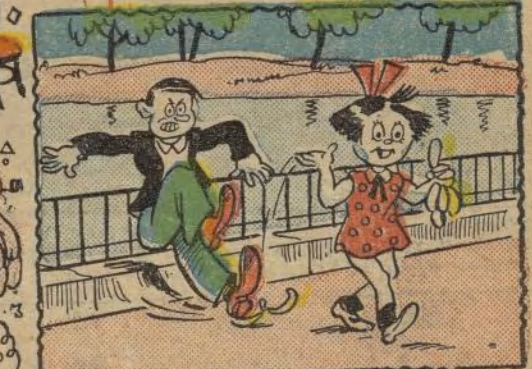


Contrito, arrepentido, solo, fané, descangallado, quedó el pobre capitán prisionero en el cuarto de baño y expuesto a la ducha, que, para desengrasar, iban a proporcionarle traidora y alevosamente los pilluelos. (Continuará.)

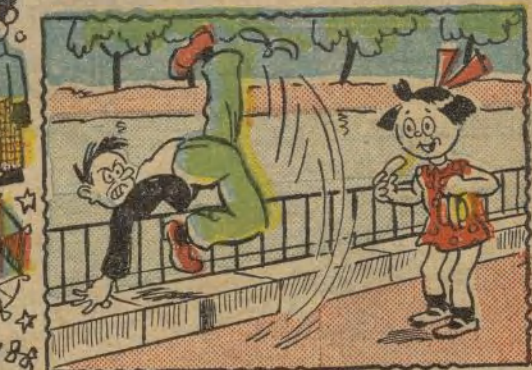
TERESA NINA TRAVIESA



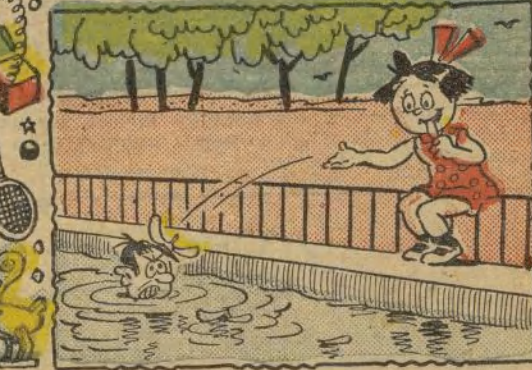
Teresita tenía unas perrillas, pero como no le alcanzaban para el "cine", se las gastó en plátanos. Un envidioso



golfillo trató de quitárselos a traición, pero, en el momento que se disponía a darla una patada en los plátanos,



Teresa tiró una cáscara, que el chico pisó, dando tal patinazo que, después de dar una vuelta de campana, fue a



parar al estanque. Teresa siguió comiendo tranquilamente, y de vez en cuando obsequiaba al naufrago con los desperdicios.

Risa para la semana con "Laura" la charlatana



Laura y Kilómetro se habían hecho los amos de aquella casa, que creían deshabitada.



Un buho, que parecía un tranvía se coló por una ventana abierta de la casona.



El buho, al entrar, lanzó su clásico alarido, pero con una potencia de sirena de trasatlántico.



Kilómetro y Laura oyeron el alarido, y no dudaron de que era un fantasma, todo un señor fantasma.



Y con notables deterioros en las partes blandas, los amigos rodaron por las escaleras a todo tren.



Y nuevamente los dos compinches quedaron abandonados en mitad de la "rue"

DON SIMPLÓN Y DINAMITA



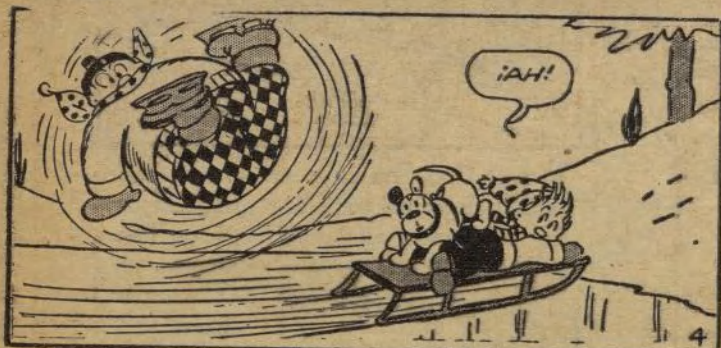
Pasado el susto, don Simplón regaló a los nenes un trineo, y él se decidió a practicar el deporte del patín, que era su especialidad.



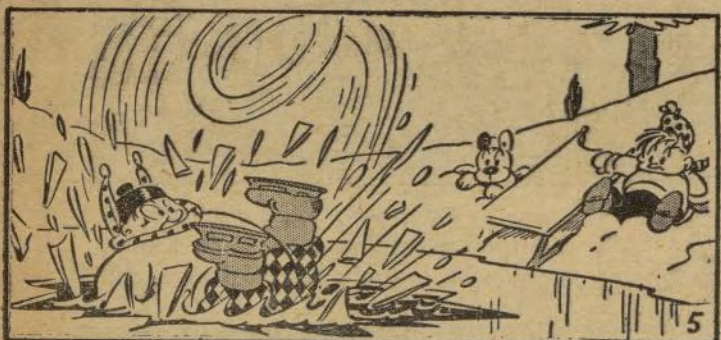
Telesforo y "Dinamita" ascendieron a la montaña dispuestos a deslizarse por la vertiente a ciento cincuenta por hora.



Y, efectivamente, el trineo cogió tal velocidad que no lo paraba ni una sección de Asalto que se pusiera ante su paso devastador.



Y cogiendo de lleno a don Simplón, le hizo dar un precioso salto de rana, mientras el trineo seguía su marcha en busca del melodrama.

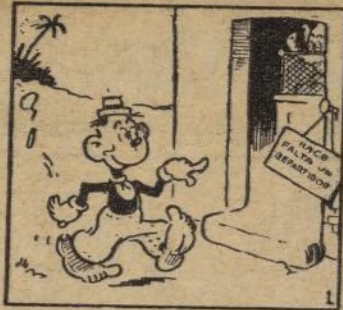


Don Simplón cayó sobre la helada superficie y su cuerpo voluminoso rompió el hielo y cayó dentro del estanque.



Y menos mal que el estanque tenía poca profundidad, y don Simplón pudo salir asegurando no volver a patinar en toda su vida.

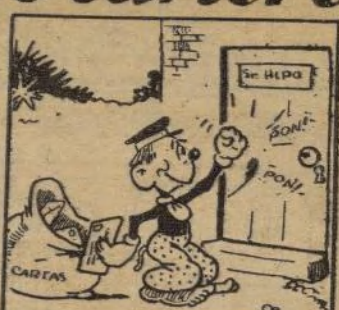
"Mikito" se colocó de cartero



Yendo una mañana paseando, Mikito pasó por Correos y vio que hacía falta un cartero.



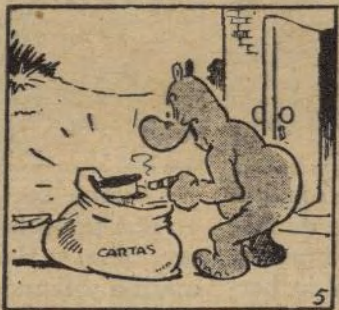
No se sabe cómo convenció a Elefantón; pero lo cierto es que ahí le tenéis repartiendo.



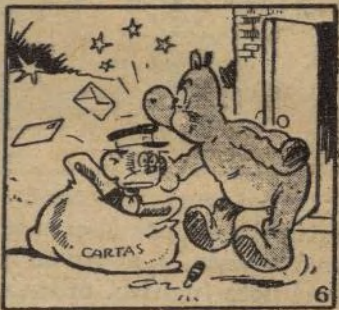
La primera carta que sacó era para el señor Hipopótamez, a cuya puerta llamó.



"Hipo" era un animalote y abrió con tal fuerza, que metió a Mikito en la saca.



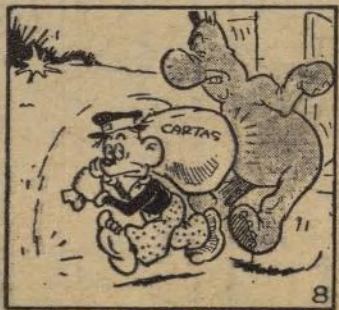
"Sal, no te de vergüenza, que estás muy 'mono', decía Hipopótamez al flamante cartero.



Y Mikito entonces, levantó la cabeza hasta la nariz de "Hipo", que vio cuatro estrellas.



"Me las vas a pagar, peatón postal", rugió Hipopótamez, mientras tomaba carrerilla con intenciones feisimas.



Y cuando el choque parecía ya inevitable, Mikito paró a Hipopótamez con la saca, dándole un golpe bajo.



Esto ocasionó que se acrecentara la ira del animalote de "Hipo", que arrebató violentamente la saca a Mikito.



"Mira, mira lo que hago con tus cartas. Ahora te fastidias y las ordenas otra vez, si es que sabes, mico estúpido."

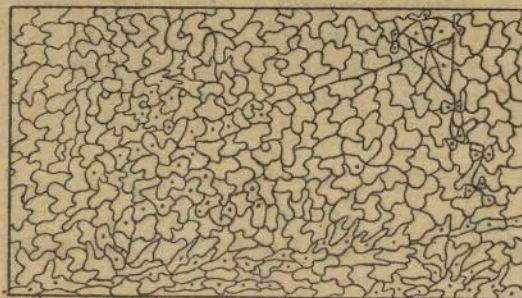


Hipopótamez, después de vaciar la saca de Mikito, se alejó mosqueado al ver que había hecho el ridículo...



...puesto que lo único que consiguió fué abreviar el trabajo de Mikito, ya que cada destinatario acudió por su carta.

PASATIEMPOS



Rellenad de negro los espacios señalados con un punto, y os vereis sorprendidos por un inesperado dibujo.

SOLUCIONES A LOS PROBLEMAS DEL NUMERO ANTERIOR



Aquí tenéis los espacios que había que rellenar de negro para que resultase la silueta de un animal. Ayuntamiento de Madrid



El guardia Elefante busca a un hombre y dos mujeres que se han introducido en "La selva civilizada". ¿Dónde están los tres intrusos?



Así hay que hacer los cuatro disparos para que cada uno de ellos atravesase tres liebres.

Resumen de lo publicado.— Antonio, huérfano y pupilo del trapecista Bepo, ha huido de los malos tratos de su tutor y ha podido salvar la vida de la hija del señor Smith, propietario de un circo.

COMPANEROS DE CIRCO



"No tiene usted que agradecerme a mí, respondió el señor Smith. Me enteré del percance cuando ya estaba todo solucionado. Si quiere usted dar las gracias a quien se las merece, déselas a este muchacho". Pero al volverse, Antonio había desaparecido.



Antonio accedió al deseo de Mercedes y, hablando con ella, fueron ambos caminando hacia el campamento del circo. El señor Smith lo recibió muy afectuosamente. "¡Querido Antonio!, le dijo. Tengo que darte las gracias por todo.



El señor Smith se levantó. "Voy a intentarlo una vez más", dijo sonriendo; y echó a andar hacia el circo Waldorf, que se hallaba a cosa de media milla hacia el Sur. Allí encontró a Bepo, al fin, y le expuso brevemente lo que se proponía.



El señor Smith aceptó complacido la propuesta, y, después de haber hecho firmar a Bepo el oportuno documento legal, regresó a su circo. Llegó a él precisamente a la hora de comer, y comunicó a Antonio la noticia de que era libre.



Pero Mercedes, con penetrante mirada, lo vio alejarse por el campo, y corrió hacia él. Iba el muchacho a cruzar un arroyo cuando su amiga lo alcanzó. "¡Antonio!, le dijo. ¿Quieres volver a hablar con papá? ¿Tiene que decirte algo importante!"



"No hace mucho librate una noche a mi hija de una muerte cierta. Sólo por eso quisiera que vivieras siempre en este circo nuestro y pedir a Bepo que te dejase en libertad". "¡Dejarme Bepo!, exclamó Antonio. ¡No lo hará nunca!"



Sacó luego, mientras hablaba, un fajo de billetes de su bolsillo, y vio que los ojos de Bepo brillaban de codicia y de astucia. "¡Esta bien!, dijo al fin el trapecista. Deme usted esos billetes, señor Smith, y consentiré en que Antonio se quede con ustedes".



Fácil es de imaginar la alegría del muchacho. Le parecía que se le había quitado de encima un enorme peso. También Mercedes estaba contentísima. Ambos salieron luego a pasear al campo y comentaron su dicha. (Continuará)

TRAGEDIA MARITIMA



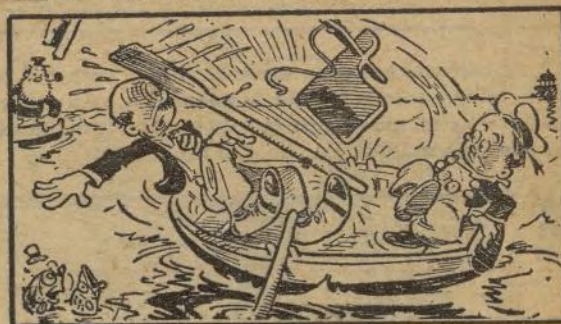
Don Bonifacio había salido a dar un paseito en barca, acompañado de Manolín, que, entusiasmado ante la vista de un barco, no se dió...



...cuenta de que sacaba el timón, al que hizo describir una graciosa curva, que tuvo como final un ojo de don Bonifacio.



Manolín comprendió que "había metido el remo", y esperó con estoicismo digno de un héroe a que don "Boni" tomara venganza.



Pero el que metió el remo en sus propias narices fué el desdichado don "Boni", que aquel día, como de costumbre, estaba hecho una calamidad.



Y con una cara de angustia que daba pena verle, terminó don Bonifacio su paseito entre cuchufletas de Manolín y el marinero de la pipa.

COMO FUERON DETENIDOS POR TOM UN PAR DE BANDIDOS



Tom, el simpático personaje de los pantalones de ajedrez, vió, escondidos tras un árbol, a dos feroces bandidos que atracaban a Celia, la linda granjerita.



La linda granjerita llevaba dos cubos de leche al mercado, donde pensaba venderlos. Pero los bandidos, después de atracarla, se "atracaron", sin conmoverse ante el llanto de Celia.



Esto indignó al simpático Tom, que, como veís, consiguió facilísimamente encasquetar los cubos en las respectivas cabezotas de los dos bandidos, que no comprendían por qué se hacía de noche.



Y una vez capturados, Tom acomodó a Celia en el improvisado columpio, llegando triunfalmente ante el "sheriff", que puso "a la sombra" a los bandidos.

ANDANZAS DEL GATO FELIX



Félix abandonó el país de la Inmaculada de los bellos sueños y se metió en el país de los sueños regulares a ver qué pasaba en aquellas tierras, donde se soñaba continuamente con unos sueños que eran jaimón serrano.



Andando, andando, que es lo que hacen todos los personajes de los cuentos, Félix se dió de manos a morro con un enanito que fabricaba unos polvos maravillosos, que tenían la virtud de conceder lo que se deseara con sólo verter un poquito de polvo.



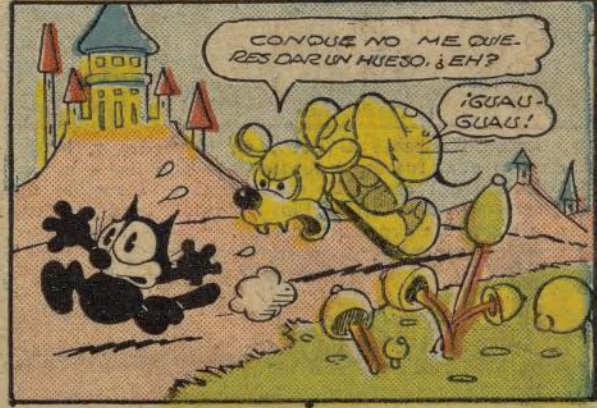
El enanito era más bueno que el señor Guzmán, y para que Félix probase las virtudes de los polvos, le regaló cuarto de kilo para que hiciese propaganda. Félix vertió siete gramos y pidió una cena bien educada, o sea, con buenos principios.



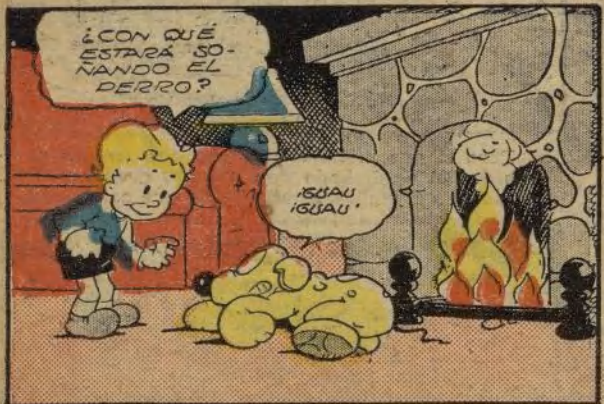
Al instante apareció sobre el verde "céspede" un pollo, al que sólo le faltaba la gabardina para echar a andar, y Félix, más alegre que un sainete, le metió mano a la cena mágica y no dejó ni los huesos.



Y cuando se estaba relamiendo el dorso de la mano derecha apareció ante él un chucho peor hecho que robar a un pariente, y le pidió parte de la cena, so pena de hacerle fosfatina si no cumplía sus deseos.



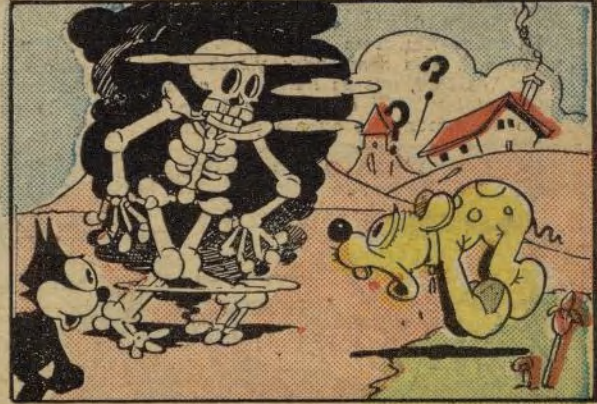
Al oír lo de la fosfatina Félix se embolsó a toda mecha, y el chucho criminal se proyectó sobre Félix dispuesto a perjudicarlo, mientras Félix pedía a Dios que se despertase aquel perro, que, en sueños o no en sueños, si le cogía se lo manducaba.



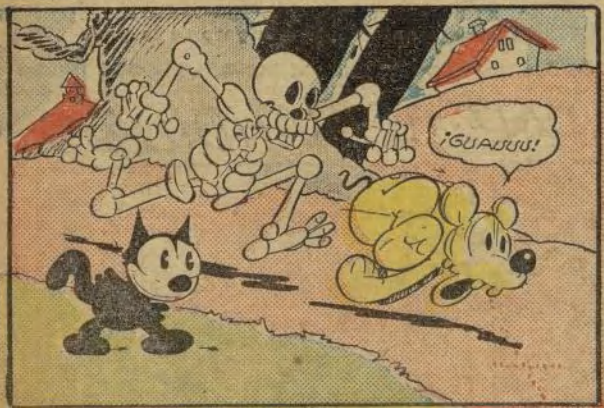
Pero el perrito no se despertaba, y eran tan fieros sus instintos, tan perversas sus intenciones... y tan animal el pobre, que su dueño, un niño con una cara como una ensaimada, se dispuso a despertarle de aquel sueño.



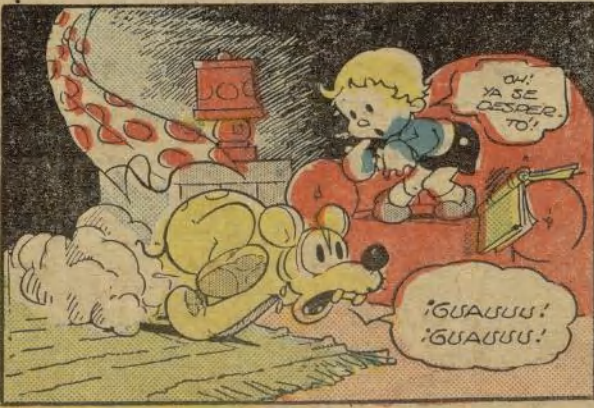
Si el niño de la ensaimada hubiera despertado a su perrito, Félix se habría librado de él; pero el niño de la cara de bollo no pudo despertarle, y Félix tuvo que recurrir al cuarto de kilo de polvos mágicos, pidiendo una espuerta de huesos para el chucho.



Félix había querido decir huesos comestibles; pero como al derramar los cinco gramos de polvos mágicos no había especificado la clase de los huesos, surgió de pronto un esqueleto, que se puso a bailar la carioca y a cantar la romanza de "El príncipe azul".



El chucho se llevó un susto que, si se lo toman al peso, desnivela la báscula, y el esqueleto, después de cantar, bailar, limpiarse los dientes y pedir que le hicieran la permanente, se lanzó en seguimiento del chucho.



El chucho se despertó a tiempo, y aquello fué su salvación, porque si el esqueleto le coge, le deja en los huesos, y estamos seguros de que el animalito no volvería a dormir tranquilo en los años que le quedasen de perra vida.



En el país de los bellos sueños, que regentaba la bellísima hada Inmaculada, quedó de dueño y señor Félix, el imponderable Félix, el archisuperferolitíflicamente simpático y atrevido Félix, a quien todavía le quedaban ciento veinte gramos de polvos maravillosos para triunfar. (Continuará)